

Más allá del 27

Comprendidos como explosión de modernidad entre una minoritaria capa ilustrada de la burguesía y aristocracia españolas, los años veinte alumbraron a un grupo de escritores al que denominamos con poca precisión “Generación del 27”, o del 25 dado los límites difusos de estos conceptos delimitadores de parcelas.

Esos marbetes siempre me parecieron buscados para una cierta operación de mercadotecnia literaria auspiciada por editoriales, historiadores de la literatura, filólogos docentes de toda laya, políticos ansiosos de barnices culturales y, sobre todo, por ciertos profesores que, tal vez, temieran verse fuera de estos rediles por más que ellos mismos los diseñaron. Desde sus cátedras universitarias aventaron una estampa de conjunto lírico-amistoso presidido por un Góngora al fondo, en vez de un Cristo, o imaginario retrato de Cervantes.

A pesar de que la famosa foto del homenaje que en Sevilla se dispensó al gran poeta cordobés semeje la de su ejecución, donde los componentes, serios en exceso, reivindicaban al poema ajeno a todo utilitarismo racionalista, y a pesar de que se conserven fragmentos filmados de risas en buena amistad, aquel supuesto vínculo mágico enlazó sólo a unos pocos y durante unos años. Aquello del grupo presidido por el amor lo inventó Dámaso Alonso para permanecer por décadas dentro de un retrato donde él se sabía inestable. Un gran maestro de la filología hispánica preso por iguales temores que atenazan a cualquier humano.

Lejos de manuales didácticos, ese concepto de “Generación del 27” se salva, sin embargo, siempre que se amplíen las miras a los paisajes limítrofes, ocultos bajo un exceso de pulcritud metodológica y taxonómica, al que poco a poco socavan los modernos estudios reivindicativos de otra mirada sobre aquellos años veinte. Esto es como si nos halláramos en el centro de una pequeña ciudad sólo construida con rascacielos que nos escondiesen los preciosos valles y poblados de su alrededor.

Cada uno de los poetas incluidos en la nómina ortodoxa de la “Generación del 27” (esto es, los espulgados entre las antologías de Gerardo Diego según edad, y los sancionados por Dámaso Alonso y sus acólitos) significa un gran poeta sin duda, aunque algunos, como santones antiguos, se celebren más en las hagiografías adoradas por sus devotos, que en la profundidad literaria de su obra, por ejemplo, gran parte de los versos de García Lorca o Alberti no han soportado los envites de los años; mientras otros, más silenciosos en sus alharacas, han emocionado e influido sobre sucesivas generaciones poéticas, como Luis Cernuda, o incluso han descubierto una obra que admira a los lectores modernos, como Bergamín, Altolaguirre y Prados; estos últimos llamados los menores de la generación en los manuales de Lázaro Carreter.

La aproximación a cada nombre tópico del grupo debe metamorfosearse en trampolín que nos zambulla en esos otros muchos personajes, hasta más allá de la literatura, que inundaron de policromía y polifonías aquella España pre-republicana, republicana, en guerra, en exilio y bajo la fortaleza de los años triunfales que fatigaron la voz, nunca enmudecida, de quienes para una pretendida historia de la España (*sic*) uncida al yugo y las flechas, fueron mutilados en sus convicciones bajo el sintagma de “hordas rojas”, o “canalla marxista”. Por buscar la equidad, otros mutis han sido también dañinos, como el que sumió a José María Hinojosa tras un muro de indiferencia; republicano para los nacionales, fascista para los republicanos.

Velos cerriles y de intereses cubren aún la inteligencia y voluntad del hermoso ramo de juventud granada que dibujan aquellos años veinte.

Junto a mis amigos Kike Kanalla y Gaby Beneroso, me hallo en la fase última de rodaje de un extenso documental, casi en rima, por ahora, con su título: “Litoral, la luz de la orilla”. Entre sus imágenes quedan trenzados apuntes sobre muchas vidas, junto a

la historia de esta publicación, símbolo de todos los veintes posibles: el gongorino, el cubista, el dodecafónico, o el surreal; el de los años en que se consagraron entre hemistiquios muchos de aquellos hoy viejos poetas.

Comienza este trabajo desde las fechas de nacimiento de Prados, Altolaguirre e Hinojosa, a las que sumamos la de José María Amado, para que se inicie un recorrido por una inevitable trágica historia de España. Fragmentada en dos para los exiliados, fragmentada en grises para quienes se cobijaron bajo las alas del azul nacional-sindicalista. Películas dulces en cada mirada mientras truena el horror al fondo. Como aquella mañana luminosa que describió F. Giner de los Ríos en la Colonia Tabacalera, barrio refugio para los exiliados en México, cuando una compañera del apartamento vendió sus trenzas rubias para que el desayuno transcurriese, por sólo una jornada, como en cualquier escena galante de Hollywood; excepto que ella lloraba, su cabeza cubierta por un pañuelo. ¿Dónde erosionó más dura la existencia? Aquí, ni pan había a cambio de las cebollas con que se amamantó en el universo lírico el hijo de Miguel Hernández.

Cualquier río que, desde aquellos veinte fluya, se encuentra lleno de biografías luchadoras, con la ilusión al frente y España en el corazón. Aquella Concha Méndez que puerta a puerta por las casas cubanas vendió breves poemas de nuestro Siglo de Oro impresos por su marido para que así la familia subsistiera. Aquella Constanza de la Mora Maura que, tras la derrota, socorrió en un tren francés a Juan Rejano con una tableta de chocolate como único y magnífico tesoro nutricional. Aquellas ocasiones cuando los amigos permitían, ya en México, que Pedro Garfias ganase al dominó para que esa noche pudiese mercadear una botella donde el sueño se albergara entre sus vidrios.

A ninguno entierra el olvido, incluso a quienes por gozo del tiempo aún viven, como José Antonio Muñoz Rojas o el siempre afable Pepín Bello. Brota la admiración por esas muchas figuras de la segunda década a cada fotograma, a cada página, a cada cuadro, a cada corchea. Obra y vida lanzan por la borda la tristeza y la abulia de la España castiza, inmóvil en los bodegones. Sus actitudes despiertan la curiosidad de quien a ellos se aproxime; admiran porque tantos basaron los fundamentos de sus días sobre la busca de la justicia y la equidad social, como Corpus Barga, o Bernabé Fenández-Canivell; eligieron el sacrificio, aunque la huida cómoda al bando sublevado hubiese sido fácil.

Ante un gran bosque nos hallamos; frente a la arboleda perdida de España, donde merece la pena cualquier reposo investigador de esas múltiples existencias cruzadas, de tantos nombres que no enumero para que el lector no se enfade y, a la vez, se interrogue más allá de Guillén, Salinas, Dalí o Falla y los más conocidos.

Ya digo, el reducto que a veces se pretende, incluso el mismo título de “Generación del 27” no dejan de tararearme una burda estrategia mercantil. Quizás, estudios individualizados, lejos de esa noción gregaria, habrían otorgado mejores frutos y panoramas más amplios desde un principio, sobre esa época fascinante por ese hondo espíritu vitalista que impregnó artes y conciencias. Amor a la humanidad y amor por España.

José Luis González Vera